

## MADRIDISTA DE NACIMIENTO

A las diez y media de la noche de un sábado siete de enero de 1995, el Real Madrid le había endosado cinco goles a su eterno rival, el F.C. Barcelona. Aquella noche el estadio Santiago Bernabéu vivió un éxtasis inolvidable que aún perdura en la memoria de todos los aficionados, más de 100.000, testigos de excepción de cómo los discípulos de Jorge Valdano, cumpliendo su palabra de “*devolverle al Real Madrid todo lo que le había quitado*”, empezaba a vengar viejas afrentas. La alegría, el espectáculo y la ilusión se aunaron en un estadio sediento de gloria para sentar las bases del fútbol de calidad y finiquitar con contundencia la tediosa dictadura futbolística azulgrana. Soplaban vientos de cambio. Aquella noche el instinto depredador de un inconmensurable Iván Zamorano, que se sació en tres ocasiones colocando el esférico en las redes de la portería de un desconcertado Busquets, estuvo siempre arropado por una alineación de ensueño: Paco Buyo, Quique Sánchez Flores, Fernando Hierro, Manolo Sanchís, Mikel Lasa, Luis Enrique, Luis Milla, Emilio Amavisca, y Raúl, todos ellos dirigidos por la batuta siempre sabia y precisa del danés Michael Laudrup.

El Real Madrid tomó el control desde el pitido inicial, con valentía, decisión y coraje. Cinco minutos fueron suficientes para marcar las diferencias y el territorio, para delimitar y hacer saber a los presentes quién era el equipo ambicioso y con ansias de triunfo y quién era el derrotado y sin capacidad de reacción. Aquella noche la perseverancia del Real Madrid hizo que encontrara no solo espacios para disfrutar jugando al fútbol sino que vislumbrara el espectáculo, y la armonía, y el ingenio. Veinte minutos después de su inicio, el partido ya estaba visto para sentencia: Iván Zamorano 2 – F. C. Barcelona 0. Pero el público del Santiago Bernabéu, borracho de éxito y no conforme con aquel resultado, pedía a gritos una goleada. Y los jugadores, cumpliendo sus dádivas, marcaron otros tres goles más.

Un día inolvidable para el madridismo y para mis padres, ya que aquel sábado siete de enero de 1995, a las diez y media de la noche, nacía yo. Coincidencia o casualidad, como también lo era que a mi padre le apodaran “*Bam Bam*”, debido a su parecido físico, casi calcado, con el futbolista chileno Iván Zamorano. Cuenta mi madre que durante el parto mi padre no dejó de llorar ni un momento, no se sabe si de alegría por mi llegada al mundo o por sentir como suya la victoria del equipo blanco sobre su eterno rival azulgrana. Lo cierto es que cuando me tuvo en sus brazos, me ofreció al cielo y con voz firme y segura dijo en voz alta:

- Tú serás santo, sano y sabio. Y del Real Madrid.

Las enfermeras, ante tanto dramatismo y temiendo un desenlace fatal, me arrebataron de sus brazos y le pidieron cortésmente que abandonara la sala. A los quince días fui bautizado con el nombre de Miguel, en homenaje al genial Michael Laudrup. Mi madre recordaba continuamente aquellos primeros meses de vida y me describía como un niño inquieto y con unas ganas inmensas de conocer el mundo. Eran tantas mis ansias de vivir que a los nueve meses

empecé a dar mis primeros pasos, titubeantes e inseguros al principio pero que con el tiempo se volvieron firmes y fiables. Y con once meses recién cumplidos aprendí a dar patadas a una especie de balón que mi madre me fabricó aprovechando los retales de los vestidos que, como costurera, arreglaba a las vecinas del barrio.

Desde muy pequeño mis padres me inculcaron la pasión por el Real Madrid. En mi virginal memoria se archivaban recuerdos tan significativos para el madridismo como la consecución del quinto título de la Supercopa tras vencer nuevamente al Barcelona por un contundente 4 a 1, o la elección por parte de la FIFA del Real Madrid como el Mejor Club de la Historia. Y en mi memoria quedaría archivado para siempre un 20 de mayo de 1998, día de la conquista de la séptima Copa de Europa – luego llegarían dos más en los años 2000 y 2002 -, y meses después, la consecución de la segunda Copa Intercontinental al vencer al Vasco de Gama brasileño por 2 goles a 1. Y la llegada de Florentino Pérez a la presidencia, y el nombramiento de Alfredo di Stéfano como Presidente de Honor del Real Madrid, y el reconocimiento de la entidad como el Mejor Club del Siglo XX. Y con el estreno de una nueva década, el cumpleaños número 100 de la entidad, y la Supercopa de Europa, y la inauguración de la Ciudad Deportiva de Valdebebas.

Al igual que mis padres, mi abuelo materno también era un seguidor acérrimo del Real Madrid. Él fue quien inculcó su espíritu madridista a mi madre, que se enamoró de mi padre durante un partido entre el Real Madrid y el Torino, un miércoles 1 de abril de 1992. Al día siguiente de la victoria blanca, un fatídico accidente sesgó la vida de Juan Gómez "Juanito", para dejarnos huérfanos de la gloria de otro grandísimo madridista.

Aunque en mi memoria perdurará siempre la felicidad de aquel 28 de noviembre de 2004, cuando con nueve años mi padre me llevó por primera vez al Santiago Bernabéu. Aquella tarde el Real Madrid recibía al Levante. En el minuto siete de partido los aficionados blancos empezaron a cantar: "*¡Illa, illa, illa, 'Juanito' maravilla! ¡Illa, illa, illa, 'Juanito' maravilla!*". Recuerdo que se me erizó el vello y que, invadido por la curiosidad, le pregunté a mi padre:

- Papá, ¿por qué canta la gente?
- Homenajean a "Juanito".
- ¿A "Juanito"?
- "Juanito" es el eterno número siete. El "genio de Fuengirola", que es así como le llamaban, era un jugador hábil, rápido e intuitivo. Y temperamental, y con carácter, y con una entrega y sentimiento para con la camiseta blanca jamás vista hasta entonces. Verle jugar era una delicia. No había nadie como él. En el minuto siete de la primera parte de todos los partidos celebrados en nuestra casa que es Santiago Bernabéu, la afición corea al genio para honrarle, a la vez que invocan su espíritu de lucha, de lealtad y de valentía. "Juanito" es el símbolo del

madridismo, el aficionado vestido de futbolista. Un jugador muy especial y honesto, que quería y que se dejaba querer.

- ¡Qué bonito, papá!
- El madridismo nunca olvida a sus leyendas. Y “Juanito” es una de ellas.

Recuerdo que mediada la primera parte me acurruqué en el hombro de mi padre. La tarde era agradable pero un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Fue entonces cuando en mi memoria se acomodaron sus palabras al contarme que su padre, mi abuelo, también le llevaba al campo para que disfrutara viendo jugar a los mejores futbolistas del mundo, aquellos que desgraciadamente ya no estaban entre nosotros. Y se emocionaba hablando de Marcos Alonso Imaz “Marquitos”, un santanderino que jugaba en la posición de defensa, fichado por el mismísimo don Santiago Bernabéu para el club blanco y en cuyas filas militó durante diez inmemorables años. Recuerdo que casi lloraba contándome que suyo fue el gol con el que el Real Madrid empató a tres tantos en la final de la Copa de Europa de 1956 contra el Stade de Reims, en una arrancada legendaria desde su propio campo. Y enloquecía cuando hablaba de Héctor Rial Laguna, un mediocampista ofensivo, espigado, de un talento sin igual, y de Ferenc Puskás, un futbolista hispano-húngaro considerado uno de los mejores de la historia. Y sus labios se llenaban de madridismo al pronunciar el nombre de Ciriaco Errasti Siunaga, y del delantero goleador Pahíño, y de José Iglesias Fernández, “Joseíto”. Y muchas veces lloró al nombrar al centrocampista Juan Antonio Ipiña Iza, el primer capitán del equipo blanco, y a Simón Lecue Andrade, un extremo de velocidad y regate, y a José Llopis Corona, y a Alberto Machimbarrena Aguirrebengoa, “Machim”, y a Sotero Aranguren. Y la historia dejaba paso a la leyenda cuando en su boca se daban cita jugadores tan ilustres como Luis Molowny Arbelo, o Ramón Moreno Grosso, o Joaquín Navarro Perona, o Ramón Marsal Ribó, un futbolista de extraordinaria calidad, autor de *“el gol del minuto largo”*, haciendo referencia al tiempo que duró su jugada personal: *“Arrancó de derecha a izquierda e hizo un gol extraordinario. Dejó un tendal en el suelo. Un tendal de gente, como si se cayera la ropa que estaba colgada; igual. Total, que ganamos por 8 a 1 y no se hablaba más que del gol de Marsal. Se habló durante años”*, comentaba don Alfredo Di Stéfano. Y aquella maravillosa e interminable alineación se completaba con Luis Olaso, Anacleto José María Peña Salegui, Waldir Pereira “Didi”, René Petit y Félix Quesada Mas. Y con Laurie Cunningham, y Jose María Zárraga e Ignacio Zoco.

El partido acabó con la goleada del Real Madrid por 5 tantos a 0. Ante mi aparente ausencia mi padre, preocupado, me preguntó:

- Hijo, ¿te ocurre algo?
- Papá, de mayor quiero ser como “Juanito”.